

SAMUEL TOLEDANO
Licenciado en Derecho. París
Diplomado de l'Ecole des Hautes Etudes Commerciales

EL FUNDAMENTALISMO JUDIO

Abordo el tema del fundamentalismo judío desde el punto de vista de alguien que no es rabino y cuyos conocimientos del tema proceden de una curiosidad y de un interés por la evolución del pensamiento religioso judío.

El término «ortodoxia judía» era desconocido antes de la *Haskalah*, el movimiento reformista del siglo XIX. Hasta entonces, el judaísmo, a pesar de su diversidad y de sus conflictos internos, estaba unido por el denominador común que hoy definimos como el judaísmo ortodoxo contemporáneo, es decir, un reconocimiento de la supremacía de la Halakhah en la práctica judía y la aceptación de la autoridad divina de la Torah, tanto escrita como oral, es decir, el Talmud.

El término «ortodoxo» se incorporó entonces al vocabulario para definir aquellos que luchaban para mantener el judaísmo tradicional en una era no tradicionalista.

La diversidad en el seno del judaísmo ortodoxo contemporáneo es una extensión de la tradición de controversia intelectual y del faccionalismo competitivo que caracterizó la historia del judaísmo a través de los siglos. El discurso de un Rabbi Yochanan ben Zakkai en el primer siglo contrastaba con el de un Rabbi Akiva cincuenta años más tarde. El período talmúdico, caracterizado por las opiniones opuestas que figuran en la *Mishnah* y la *Guemara*, fue marcado por las divergencias entre célebres rabinos y sus seguidores, como las escuelas de Beth Hillel y Beth Shammai. Existe incluso un texto del Talmud que aprueba las discusiones entre los discípulos de Hillel y de Sahmmmai, «los dos

dicen las palabras del Dios viviente» (tratado Eruvin 13b). ¿Pueden dos interpretaciones opuestas ser ambas correctas? Sostiene el Talmud que sí, porque, incluso si estas interpretaciones pueden resultar en distintas aplicaciones prácticas de la ley, ambas reflejan la palabra de Dios y cualquiera de ellas puede convertirse en *Halakhah*. Estas divergencias se prosiguieron durante el período gaónico, entre los seguidores de Maimónides y sus detractores, entre los Hasidim y los Mitnagdim. Hoy día existen tensiones entre los religiosos sionistas y no sionistas, y entre las corrientes ortodoxas llamadas «moderna» y de «derecha».

En los pasados veinte a treinta años el judaísmo ortodoxo conoce un resurgimiento sin precedente. En los años sesenta se le consideraba en declive y actualmente se encuentra en una curva ascendente, mientras que los movimientos seculares y reformistas están sucumbiendo al nihilismo ideológico.

El peligro en este proceso reside en una dominación del movimiento ortodoxo por elementos extremistas que desplacen a sus homólogos moderados y cuestionen la legitimidad de puntos de vista distintos de los suyos. Esto naturalmente no detrae de lo positivo del renacimiento ortodoxo, sin el cual el calamitoso nivel de indiferentismo y asimilación hubiera conducido a una casi extinción del judaísmo. El mayor nivel de natalidad en las familias ortodoxas, unido al creciente acercamiento a la religión de jóvenes de familias alejadas de ella, aumenta el porcentaje de los ortodoxos entre la población judía.

El judaísmo ortodoxo está muy dividido entre una ala derecha y una tendencia moderna y centrista, condenada por la primera por no adherir estrictamente a los preceptos y mandamientos. Se acusa a un porcentaje significativo de los ortodoxos de elegir entre los preceptos que observan estrictamente y los que ignoran o, incluso, infringen. Los pensadores actuales sobre este tema, el rabino Emanuel Rackman, de la Universidad Bar Ilan, y el rabino Shlomo Riskin deploran esta división, y ponen el acento sobre el seguir la vía que Dios nos marcó para cada área de nuestra actividad, el actual según la justicia, el amor, la compasión y, sobre todo, caminar ante Dios con humildad.

Ambos grupos tienen en su activo una contribución efectiva a la preservación del judaísmo, dentro y fuera de Israel. Mientras que la rama ortodoxa moderna ha propiciado la educación judía, dio un ejemplo de idealismo, de espíritu pionero y de entrega, y sirvió de puente entre las tendencias religiosas y no religiosas de la comunidad, es innegable que ciertos grupos de la derecha ortodoxa se merecen todo el respeto por su actuación en pro del judaísmo en su conjunto. Citemos, por ejemplo, la labor en pro del judaísmo en la ex Unión Soviética del movimiento *Lubavich*, conocido como *Chabad*. Está dirigido por un rabino carismá-

tico de avanzada edad que supo imbuir a sus seguidores con un sentido de entrega y dedicación que hace del Chabad uno de los fenómenos más extraordinarios del judaísmo de hoy. Fue el *Chabad* el único movimiento que supo mantener el judaísmo en la Unión Soviética después de la Revolución, mediante una presencia constante, incluso en los años más negros de la represión comunista. Actualmente prosigue su labor y se dedica al renacimiento del judaísmo en las regiones más remotas de las nuevas Repúblicas, al tiempo que propicia la integración de los emigrantes rusos allá donde se encuentren. Empero, el Chabad, a pesar de sus logros y de sus dedicados seguidores, y al igual que los demás grupos ortodoxos derechistas, no tiene la posibilidad de unificar a la comunidad judía y servir de nexo con el judaísmo tradicional.

La actitud negativa de sectores extremistas hacia la unidad del judaísmo se observa en Israel, y trae como consecuencia una polarización de la sociedad con profundas consecuencias. Sus elementos más «ultra derechistas» llegan, incluso, a cuestionar el propio Estado de Israel y plantean inaceptables exigencias políticas que les alejan de la necesaria solidaridad de la comunidad judía. El peligro reside en la separación de los extremistas de los sectores mayoritarios del judaísmo y en el crecimiento que se observa actualmente en estas tendencias de división. Una de las manifestaciones del extremismo es el rechazo de la cultura general, lo que les recluye en un ghetto impuesto por ellos mismos, desoyendo, por ejemplo, a un Maimónides que siempre preconizó la armonía entre los conocimientos universales y la observancia del judaísmo, para incrementar nuestro aprecio del papel de Dios en la historia y como un vehículo hacia un más cabal entendimiento de las verdades divinas contenidas en la ley.

No cabe duda que el extremismo en la observancia aísla a los que lo practican y fomenta su alienación de la mayoría.

Pasando ahora a la descripción de algunos de los grupos *integristas*, nos encontramos con dos polos opuestos, el de *Neture Karta* y el de *Gush Emunim*. El primero de ellos puede describirse como un grupo protestatario, como los «celotas» en la terminología del tradicionalismo judío. Este término de celota expresa la tensión entre el ideal y la realidad, característica de una religiosidad basada en un pasado idealizado. El nombre de *Neture Karta* significa «Los Guardianes de la Ciudad» y proviene del Midrash en el que se dice que los guardianes de la ciudad no son los guardias armados que profanan el sábado y comen alimentos prohibidos, sino los sabios piadosos. El movimiento se separa del grueso de los ortodoxos en las postrimerías de los años treinta, cuando la subida del nazismo y el conflicto con los árabes llevó a la mayoría ortodoxa a pactar en cierta medida con el *establishment* laico. Después de

la proclamación del Estado, esta mayoría tuvo que pactar con las autoridades, aun considerándolas ateas, para conseguir la sanción legal de sus instituciones y de su estatuto personal. Se desarrolla, pues, la controversia entre *Neture Karta* como grupo extremista protestatario y los dirigentes de los demás ortodoxos forzados por las circunstancias a verse influidos por las realidades económicas y sociales.

Gush Emunim, el polo opuesto al anterior, es un movimiento *radical político-religioso*, que reivindica para sí el derecho de configurar las normas directrices de la sociedad israelí y de la comunidad judía en general. Adopta posturas políticas extremistas convencido de detentar el monopolio de la interpretación de la *halakhah* en el contexto de los acontecimientos.

Numerosos otros grupos fundamentalistas aparecen en el mosaico ultra ortodoxo, partiendo todos de una intensificación de la religiosidad, a partir de la más estricta interpretación de la ley religiosa y la elaboración minuciosa de sus detalles. Su fidelidad a la tradición se expresa externamente por el uso de vestimenta negra, la barba en los hombres y la cabeza cubierta para las mujeres, el idioma *yiddish*, dialecto alemán usado en las comunidades del este europeo, la educación de los niños separada por sexo y con casi exclusivo énfasis en la enseñanza religiosa. Viven agrupados en barrios propios, por ejemplo, Mea Shearim en Jerusalem o Brooklyn en los EE.UU. Se dedican a violentos ataques verbales contra los que consideran ateos y su prensa es especialmente virulenta. Cierran con vallas sus barrios durante el sábado y fiestas religiosas para evitar su profanación mediante el uso del automóvil, y llegan hasta tirar piedras a los automovilistas que pasan a proximidad. No aceptan los alimentos rituales elaborados bajo la supervisión de las autoridades religiosas convencionales y tienen sus normas estrictas que denominan *glatt kasher*. Su auto-identificación y unidad, que determinan el aislamiento social de la sociedad ultra ortodoxa, se basan en principios historiográficos que se pueden simplificar como sigue.

Existe una unidad mística del pueblo, la Torah, es decir, la Ley, y Dios. La identidad judía sólo tiene sentido sobre la base de la fe en Dios y en la Torah, tanto escrita como oral, como expresión de la absoluta voluntad divina que ha de cumplirse en la realidad social y política mediante la observancia de los mandamientos halakhicos de acuerdo con las interpretaciones de sus comentaristas autorizados en cada generación, los «sabios de la Torah».

El *segundo principio* es que el *destino del pueblo judío está determinado por leyes específicas*, y, por tanto, el pueblo no puede escapar de su destino histórico. Esta visión incluye el exilio y la redención como conceptos básicos de la existencia judía. Por ello, muchos de los funda-

mentalistas se oponen al Estado de Israel, porque sólo el Mesías redentor lo puede restablecer y, por tanto, la existencia del Estado, como resultante de la acción del hombre, pone en peligro su visión mesiánica.

En tercer lugar, *mantienen la idea que la forma de vida judía tal como se practicaba en las comunidades judías tradicionales*, y en particular en las comunidades ashkenazies de la Europa Central y Oriental antes del proceso de modernización y de secularización, es decir, la *Haskala* del siglo pasado, representa la expresión de la sociedad judía en toda su plenitud. Los ultra ortodoxos consideran, por tanto, la sociedad judía tradicional como el modelo que determina la legitimidad de la forma de vida ortodoxa judía en la realidad de la sociedad moderna. En amplia medida, la religiosidad ultra ortodoxa es idéntica a lo que puede llamarse neo-tradicionalismo, puesto que la religiosidad tradicional se caracteriza por una adhesión absoluta a las formas de vida tradicionales, y que paradójicamente una faceta típica de la ultra ortodoxia es su capacidad de adaptarse a la sociedad moderna, dándose cuenta al propio tiempo que ello significa desviarse de la tradición. Lo interesante de esta visión es la conciencia de que todo cambio en la tradición es una desviación que sólo se justifica *a posteriori* como un síntoma de imperfección social o personal. La sociedad ultra ortodoxa se divide, por tanto, en niveles jerárquicos de acuerdo con el grado de adhesión a la tradición, a la forma de vida del pueblo antiguo.

De todo ello se deduce que la auto-identificación ultra ortodoxa se determina no sólo por los principios historiográficos antes expuestos, sino también por la conciencia de las desviaciones de estos principios en los niveles político, religioso y social. Lo que más caracteriza a la sociedad ultra ortodoxa es un sentimiento permanente de deslegitimización y de culpa.

Conviene destacar otra característica diferenciadora de la sociedad ultra ortodoxa judía, que evidentemente no comparte con grupos fundamentalistas de otras religiones, la de *no utilizar la violencia como forma de acción*. A lo más que llega es a tirar piedras en la dirección de los automóviles que pasan a proximidad de sus barrios los sábados o días de fiesta, pero sin ningún ánimo de herir a nadie, y de hecho no ocurrió nunca. Repudian la violencia naturalmente hacia los no judíos, puesto que se aíslan de la sociedad y, sobre todo, de la no judía que ignoran, pero, incluso, su actitud de reprobación hacia los judíos que no comparten sus puntos de vista no llega al extremo de utilizar la fuerza, frenados como están por su conciencia de responsabilidad judía mutua. Precisamente su afinidad con la tradición judía refuerza su sentimiento de responsabilidad judía. Incluso cuando los conservadores fundamentalistas expresan el deseo de ver desaparecer las instituciones ju-

días laicas, añaden: «El Dios del Universo sabe cómo conducir su mundo con piedad y benevolencia y remover los obstáculos y retrasos de la venida del Mesías, sin, que no lo quiera Dios, dañar a nadie en Israel. El que pasó por encima de las casas de Israel en Egipto y protegió y salvó a los que entonces esperaban la redención, nos enseñará cosas maravillosas y extraordinarias en los tiempos de la redención futura.» Como se ve, y a pesar de todo, existe un sentido tácito de un destino judío común en un mundo hostil.

Frente al fundamentalismo conservador, *la visión de la mayoría religiosa judía tiene la moderación como principio*, en ningún modo como deseo de cambio o de innovación en relación con la ley, sino como representando una postura más en consonancia con ella que el extremismo. Para los extremistas, la moderación verdadera aparece como una aberración, una manifestación de relajamiento moral, una falta de compromiso religioso. Y esto es precisamente lo que no es la moderación. No es el resultado de la habilidad acomodaticia, ni de la indiferencia, ni siquiera de la prudencia. Es la expresión de una evaluación serena, consciente e inteligente de cada situación, teniendo dos factores en cuenta: la necesidad de considerar las realidades de cada situación particular junto con las teorías y principios generales y, por otra parte, la conciencia de las complejidades de la vida, esos hechos testarudos e irreductibles que no responden a soluciones simplistas. La moderación parte de una visión del mundo amplia más que de una visión dentro de un túnel. Y esta fue la gran lección que nos legaron, a mi modesto entender, los *Tanaim*, los sabios de la Mishnah y del Talmud, o los rabinos de la España medieval, que supieron en su día introducir interpretaciones halakhicas diseñadas para encarar la realidad de la vida.